

roso en aquella empresa, pidió su relevo. Narvaez se apresuró á aceptarle, mandando en su lugar al general don Manuel de la Concha, el cual llegó á Cataluña el día 3 de diciembre de 1848.

Este ilustre personaje poseía todas las prendas á propósito para acabar con la guerra. En él brillaban juntas las cuatro condiciones principales, que, según el orador romano, se requieren en un general: extraordinario valor, pericia en las cosas de la guerra, autoridad y fortuna.

Esta se diría que salió á recibirle, apenas llegó al Principado. Posas, uno de los cabecillas montemolinistas de mas valer, se le sometió en Esparraguera. Contribuyó á ello en grado sumo el general Mata y Alós, pues, como, en el momento de la rendición, se resistiesen los hombres de Posas, gritando *antes morir* y dando *mueras* á los cobardes y traidores, Mata aventuró su vida, con serenidad heroica y atrevimiento tan dichoso como inaudito, metiéndose en medio de los montemolinistas, mandándoles deponer las armas y reduciéndolos á la obediencia. Concha, al entrar en Barcelona, llevaba á Posas en su séquito, y lanceros montemolinistas formaban parte de su escolta.

No obstante este buen suceso, no era Concha partidario del soborno para ganar al enemigo, sino de hacerle la guerra con mayor empeño que antes. La facción había crecido hasta pasar de diez mil hombres, y su audacia era tal que se empeñaba en ataques de ciudades importantes como Manresa. Estaba tan sobre sí que á tres leguas de Barcelona reclutaba voluntarios y los organizaba. Y las partidas, entrando violentamente en los lugares, solían causar los mayores daños. En Mora de Ebro entró una á saco, porque los habitantes no habían pagado la contribución que se les pedía, y el guerrillero jefe, no aquietándose con aquella crueldad, dió tormento con aceite hirviendo á varios propietarios porque se resistían á entregarle 14,000 duros ó porque no los tenían.

Era menester acabar pronto aquella guerra y Concha se resolvió en seguida á entrar en campaña. Antes, dirigió sendas proclamas al ejército y al pueblo, bien escritas ambas y oportunas para el efecto que se proponía, y que fué bueno, reanimando el espíritu de los soldados, algo abatido por los reveses. El 19 de diciembre salió Concha de Barcelona. Las lluvias le detuvieron, sin embargo, en Gerona bastantes días y las operaciones no pudieron empezar hasta el 11 de enero de 1849.

Cabrera, entre tanto, estaba en Amer, reorganizando sus fuerzas, luchando con no pequeñas dificultades y arrojando graves peligros. El soborno había producido efecto entre sus parciales moviéndolos á frecuentes defecciones. Esto hacia vivir á Cabrera en perpetuo recelo y sobresalto, á pesar de la entereza de su carácter. No solo temía que sus soldados siguieran pasándose al enemigo, sino que algun traidor atentase á su vida, matándole á puñaladas ó con veneno. Tal desconfianza, harto fundada por desgracia, le obligó, á fines de 1848, á condenar á muerte á un coronel y á un comandante, por delito de infidencia, seducción y correspondencia clandestina con los enemigos. El día en que murieron los culpados, Cabrera al hablar de ello á sus tropas, nos acusaba de esta suerte: «¿Qué ha conseguido el gobierno enemigo con su tiránico sistema y con los 50,000 soldados que ha enviado contra nosotros? Llenarse de ignominia y convencerse de lo que puede un puñado de valientes cuando defienden una causa justa. Esta convicción les ha obligado á adoptar un plan infernal; y, no pudiendo vencernos con las armas, se sirven del oro, de la seducción y hasta del puñal. ¡Desgraciados, que osan insultar así nuestro carácter!»

Cabrera, á pesar de todo, no estaba tan seguro de su gente como aparentaba en aquella alocución, y tomaba, con el posible disimulo, las mas exquisitas precauciones para no ser asesinado: ponía guardias en su alojamiento, tenía á su escolta siempre sobre las armas, y no dormía sino con las pistolas á la cabecera de la cama. Para evitar que le diesen veneno no comía sino de aquello que le guisaba un primo suyo: el cual lo compraba todo, hasta las especias, tenía un centinela junto á la cocina, y siempre que salía, echaba la llave. Aun así hubo algunas personas que se ofrecieron á matar á Cabrera por dinero. El que llevó mas adelante este propósito fué un clérigo,

que por lo chistoso y divertido, entretenía á Cabrera con su conversacion, y logró hacerse íntimo suyo. Este entró un día en la cocina, se puso á charlar con el primo, y cuando pensó que no le veía, echó en la olla cierta droga. Vió el primo lo ocurrido y dió parte á Cabrera. Cabrera castigó al clérigo de una manera muy propia de su carácter. Le convidó á su mesa y le hizo comer del manjar emponzoñado. El clérigo sintió á poco el efecto del veneno y confesó el delito de que había sido víctima. En balde se le suministraron los auxilios de la ciencia médica. No fué posible salvarle la vida.

Otro de los inconvenientes con que Cabrera tenía que luchar, era con la escasez de armas. El ministro de don Carlos, don Romualdo María Mon, parece que envió á Cabrera seis mil fusiles; pero el encargado de la entrega, don Enrique Tellez Lacedu, halló mas cómodo, y quizá mas provechoso, concertarse con el cónsul de la Reina en Marsella. Los fusiles no llegaron, pues, á poder de los montemolinistas. A pesar de todos estos contratiempos y defecciones, Cabrera no se desconcertaba ni desfallecía, y desde Amer, á las márgenes del río Ter, que era como su centro, dirigía ó enviaba varias expediciones: ya asediaba á Vich, Olot, Solsona y otros lugares, que dejaban de pagar el impuesto; ya hacia frente y peleaba contra las columnas de Nouvilas y otros, que le salían al encuentro.

El general Concha con incansable actividad y discreto tino disponía todas sus columnas para caer sobre Cabrera de concierto y acorralarle y vencerle.

El brigadier don Felipe Ruiz, faltando á las órdenes del general en jefe, atacó á Cabrera antes de tiempo, cerca de la propia villa de Amer, en un sitio llamado el Pasteral, donde Cabrera organizaba tranquilamente sus fuerzas, tenía talleres y hasta trataba de fundir artillería. Había un puente de madera que unía la orilla derecha del Ter con la izquierda, donde estaba el Pasteral, y donde Cabrera tenía sus posiciones. A pesar de los esfuerzos de Ruiz y de sus gentes, los montemolinistas lograron rechazarlos con sensibles pérdidas y poniéndolos en situación harto apurada, de la que pudo sacarlos Nouvilas, acudiendo en su auxilio desde Gerona. Juntos Ruiz, Nouvilas, y Rios, este último atravesó el Ter por un vado, y Nouvilas le atravesó tambien con el agua á la cintura y pudo salvar á cincuenta soldados que aun se defendían, encerrados en unas casas. La artillería, mandada por el capitán Mesa, hacia fuego desde el puente de madera. Un batallón de Astorga tomó las mas fuertes posiciones, y Cabrera quedó herido de una bala de fusil que le atravesó el muslo derecho.

Estas dos acciones se dieron el 26 y el 27 de enero. Cabrera tuvo que retirarse y hasta que esconderse durante algunos días, mientras se curó de la herida.

Entre tanto el general Concha hacia que los jefes que militaban á sus órdenes persiguiesen á Borges que mandaba una partida de mas de mil infantes y cuarenta caballos. Borges eludía todo combate á no verse con notable ventaja en posición y en número; pero, fiado en la posición, hizo frente en Selma á Quesada, quien le desalojó de allí y le persiguió, haciéndole bastantes bajas.

El día 11 de febrero, Cabrera, curado ya de su herida, volvió á entrar en campaña.

Por entonces tuvieron un buen auxilio los montemolinistas con la nueva entrada de los republicanos en Cataluña, al mando de Ballera y Atmeller. El cabecilla montemolinista Marsal salió al encuentro de este último jefe republicano, y ambos se abrazaron al frente de sus huestes, haciendo así con su ejemplo que fraternizasen aquellos hombres, que, si bien iban contra el mismo enemigo, tenían miras tan opuestas y peleaban bajo tan contrarias banderas.

La facción de Atmeller, que no pasaba al principio de trescientos hombres, hubiera sido terrible, si hubiera tenido tiempo para reclutar gente y aumentarse, como podía; pero Concha no se le dió. Con prontitud poco comun, envió contra él varias fuerzas combinadas, las cuales hicieron prisionera á parte de su gente, obligando á otra parte á que se presentase implorando indulto. Atmeller tuvo que refugiarse en Francia, donde le prendieron y llevaron á la fortaleza de Perpiñan.

Sin el cuidado ya de los republicanos, Concha continuó

persiguiendo sin descanso á los montemolinistas. De aquí, frecuentes encuentros en que casi siempre quedaban los montemolinistas vencidos.

Esto aumentaba el desaliento y daba pábulo á nuevas deserciones. Pons y otros jefes, que se habían pasado, trabajaban de continuo en este sentido el ánimo de los antiguos correligionarios.

Al cabecilla Borges, que se resistía á toda seducción, ocurrió en este tiempo, en la villa de Torá, el día 13 de febrero, un caso digno de referirse. Varios oficiales de su banda entraron en su alojamiento y en nombre de Cabrera le prendieron y le ataron con fuertes ligaduras; pero Borges, conociendo acaso la traición y falsía de sus subordinados, gritó pidiendo auxilio. Acudieron á sus gritos varios soldados, desataron á Borges, y, tomando este el mando de nuevo, hizo fusilar al punto á los que le habían preso, en la plaza de la Villa.

Exasperado Cabrera cometió en aquellos días ciertos actos de rigor que le malquistaron con no pocas personas honradas de Cataluña, incluso muchas de su propio partido, por haber sido víctima de su cruel enojo un sujeto de cuenta y posición, muy querido y respetado.

El baron de Abella, rico propietario, vecino de Cardona, monárquico y muy religioso, movido de caridad cristiana y de amor á su patria, deseaba con grande empeño la paz. A este fin había fundado una asociación titulada *Hermanidad de la Concepción*, compuesta de trabajadores y propietarios, bajo el amparo de la Inmaculada Virgen María, con el intento de ir apartando á los catalanes de la causa montemolinista.

El baron, que era amigo de los Tristany, se entendió con don Rafael para que este se apoderase de Cabrera, á quien juzgaba imposible de seducir. De esta suerte, para conseguir el buen fin que deseaba, se dejó llevar hasta la adopción de medios tan reprobados como poco discretos y prudentes. Mas digno aun de reprobación, don Rafael Tristany fingió aceptar estos medios, engañó al baron de Abella, y engañado le llevó á la presencia de Cabrera, quien, despues de reconvenirle é insultarle grosera y ásperamente, le dió tres horas de término para disponerse á bien morir, y le hizo fusilar, el día 23 de febrero. El baron de Abella murió con tranquilidad y noble entereza. Al día siguiente, fueron fusiladas otras personas de las que, por las cartas de Abella y por las delaciones de don Rafael Tristany, se supo que estaban comprometidas en aquella conjuración.

Imposible parece que, despues de la doblez de que dió muestras uno de los Tristany, contra el baron de Abella, tuviese el coronel don Leonardo Santiago bastante confianza en otro de los Tristany, en don Francisco, para entrar en tratos con él con el objeto de que entregase á Cabrera, previa la promesa de que se respetaría su vida. Lo que resultó de estos tratos, que desaprobó el general Concha, fué el buen éxito de cierta estrategia de guerra, que algun severo y rudo moralista pudiera calificar de estafa. Los Tristany lograron sacar, merced al engaño que hicieron al coronel Santiago, sobre quince mil duros del tesoro español. Tambien estuvieron á punto de hacer perecer al coronel Santiago y á la gente que mandaba en una emboscada que le prepararon, donde estaban reunidas las fuerzas de los tres hermanos, de Cabrera y de Borges, y de donde pudieron escapar los isabelinos no sin graves pérdidas, despues de un rudo combate, y merced á la oscuridad de la noche.

En medio de todos estos acontecimientos, Cabrera, sobre todo desde que fué herido en Amer, estaba desalentado y creía que solo la presencia de Montemolin en Cataluña podría reavivar la guerra. Tambien escribía Cabrera al general Elío excitándole á que entrase en Navarra, de lo cual se excusaba Elío, por falta de dinero.

Montemolin, por último, se decidió á venir á Cataluña, y salió de Londres el día 27 de marzo. Atravesó toda la Francia y no halló dificultad hasta llegar á la frontera de España; pero, al llegar á San Lorenzo de Cárdenas, acompañado por los señores Gonzalez, Algarra y Jimenez, seis aduaneros franceses, que andaban disfrazados de catalanes para espiar á los contrabandistas, dijeron á Montemolin que se diese preso. El huyó; al saltar una zanja, cayó en ella; y prendieron y le

llevaron á la ciudadela de Perpiñan. Este golpe acabó de desconcertar á los montemolinistas.

Entre tanto, el general Concha no daba punto de reposo á Cabrera y á los demás cabecillas. En sus expediciones por la montaña se ganó todas las voluntades con su afable trato y con sus francos modales. La gente de armas tomar del país empezó á ponerse de su lado en contra de los facciosos. Concha les dió armas y reanimó el espíritu público. A este fin publicó un bando en que se negaba el indulto á los que se presentasen sin armas y á los que en adelante se unieran á las facciones; se condenaba al servicio de Ultramar y hasta á presidio á los que se aprehendieran; y se imponía pena de muerte á los que, habiendo sido indultados, volviesen á la facción, á los incendiarios, á los asesinos y á los espías. Concha, por último, se vió en la dura necesidad de imponer penas pecuniarias y personales á las gentes de los pueblos que pagasen contribuciones á los montemolinistas, no probando que lo hacían por fuerza. Contra este bando de Concha fulminó otro mucho mas terrible el tercio y obstinado Cabrera. En él condenaba á muerte á todo el que obedeciera el bando de Concha. «Todo individuo, decía, que, obediendo al bando de 14 de marzo, abandone su casa, se niegue á pagar las contribuciones que le corresponden, dé parte al enemigo de nuestras tropas y demás que previene el citado bando, será considerado como traidor á su país, y como tal, juzgado verbalmente por un consejo de guerra y pasado por las armas.» Disposiciones tan poco suaves de uno y otro partido beligerante debieron, sin duda, consternar á todos los pacíficos habitantes del teatro de la guerra, moviéndolos á abandonar sus hogares, si vivían en caseríos ó en aldeas; pero surtieron tambien un efecto muy saludable. La gente conoció que era imposible permanecer neutral, y en vista de que era menester decidirse, se decidió en favor del general Concha, que era mas simpático y que tenía mas fuerza. A fin de acrecentar el entusiasmo en su favor, Concha redobló sus esfuerzos, atacando por todos lados á los montemolinistas: Pons acosaba á los Tristany en los montes de la Segarra; Lafont derrotaba á otro cabecilla y le obligaba á refugiarse en Francia con el resto de los doscientos hombres que componían su partida; Manzano y Lasala vencían, cerca de Estany, á otras partidas de facciosos, aprisionando, gravemente herido, á uno de los cabecillas; y, por último, en virtud de una hábil combinación de las columnas de Rios, Hore, Ruiz y la del mismo cuartel general, Marsal fué sorprendido, su gente quedó rota y dispersa, y él, huyendo hácia Bañolas, vino á caer entre las manos de Hore.

Con arreglo al bando de 14 de marzo, Marsal, así como otro prisionero importante, don Marcelino Gonfaus, debían ser fusilados; pero se les dió tiempo para que acudiesen á la Reina, pidiendo indulto, y la Reina los perdonó.

Solo fueron fusilados Grau, sobre quienes pesaban tres sentencias de muerte por delitos comunes, y Abril, subteniente desertor del regimiento del Rey: única sangre que hizo deramar el marqués del Duero, fuera de las acciones de guerra, en aquella brillante campaña.

Seguia adelante Concha en sus triunfos, y Cabrera, haciendo ya los últimos esfuerzos, envió una buena parte de sus gentes á tentar fortuna en el alto Aragon, encomendando la dirección de esta empresa á Gamundi y Arnau. La incursión no dió resultado. Los facciosos tuvieron pronto que volver á Cataluña, repasando el Cinca, y el brigadier don Domingo Dulce alcanzó la gloria de vencerlos en Castellforite.

Cabrera se había internado en lo mas agrio de la sierra, con poca gente ya. Los Tristany se retiraron tambien á sus acostumbradas guaridas de Ardebol y Matamargó.

Concha, incansable, acosó á Cabrera, rodeándole por todas partes, tan hábil y apretadamente, que le fué imposible sostenerse por mucho tiempo, con su hueste, en el terreno escabroso que había elegido. Entonces, desesperado ya de la lucha, abandonó Cabrera á los suyos, y, seguido solo de sus amigos mas íntimos y fieles, se salvó pasándose á Francia. El 23 de abril, le prendieron en Err las autoridades de aquella república y le llevaron á Tolon. Los que con Cabrera iban fueron tambien presos en Francia.



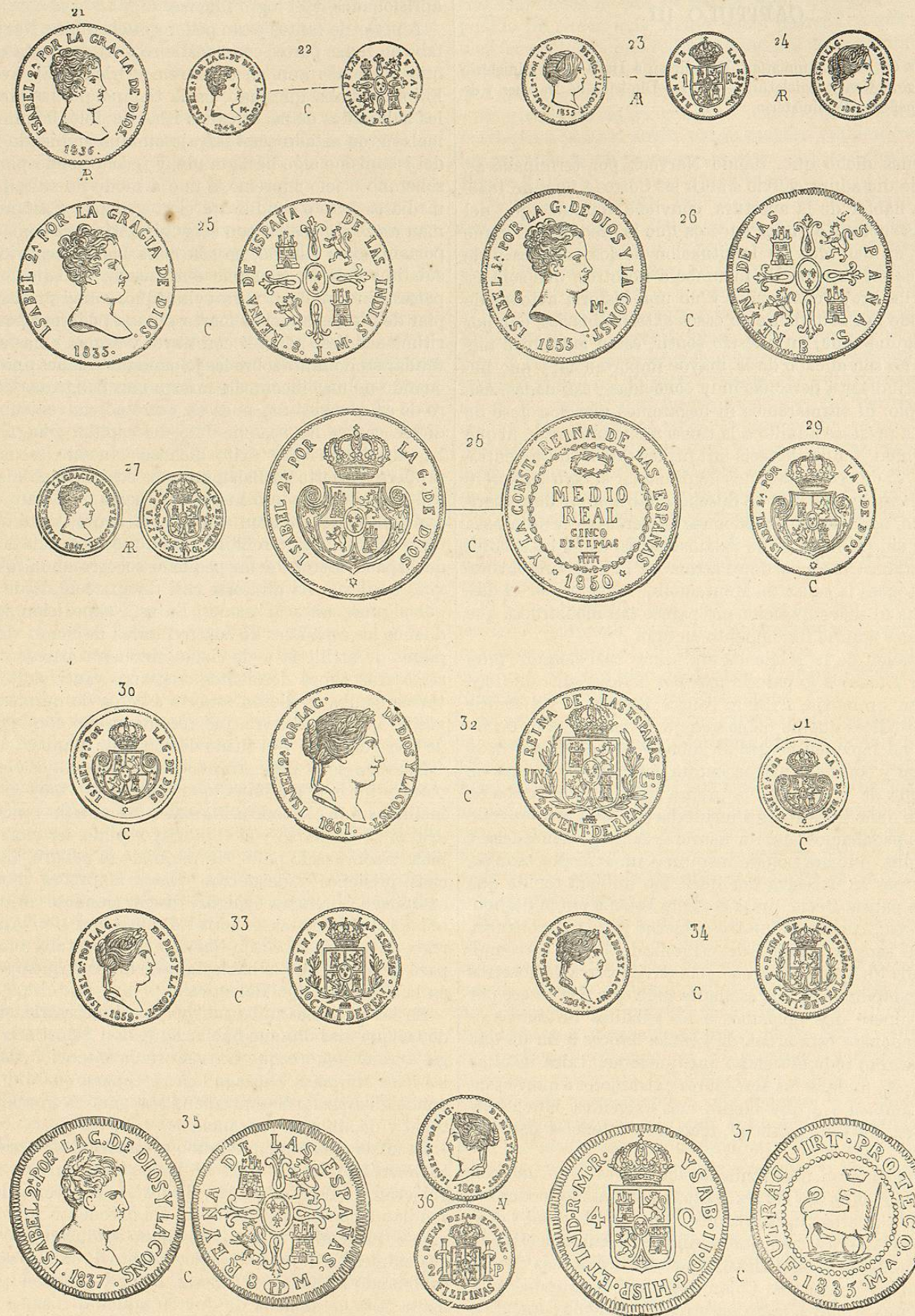
CASTILLA



ISABEL II

No cesó Concha por esto, y continuó infatigable persiguiendo a las demás facciones, sobre todo a los Tristany, que eran los mas pertinaces. Así, en breves dias, fueron sometidos todos ó buscando en Francia refugio. El 4 de mayo, en las inmediaciones de Vich, se entregaron al capitán general 205 infantes, algunos caballos y 17 oficiales. Los somatenes de

CASTILLA



ISABEL II

los pueblos persiguieron a los dispersos que aun quedaban y los apusieron o los obligaron a salvar la frontera. Los Tristany fueron los últimos en abandonar la pelea y en expatriarse.

El 14 de mayo quedó Cataluña sin un solo enemigo que combatir en todo su extenso territorio. El marqués del Duero, cumplida la palabra que había dado de no volver a Barcelona hasta que dejase la guerra terminada, entró aquel mismo día